

Funcionó

Jorge Alonso*

Vigo, 15/12/2007 — v1.0

Ocurrió un sábado. Yo estaba en casa, solo. Mis padres, cosa rara en ellos, se habían ido de vacaciones, en uno de esos viajes subvencionados para grupos de jubilados. Sí, a mi edad y todavía vivía con mis padres. No es tan fácil irse de casa. Mi hermana mayor se había casado e independizado hacía unos años, y le había costado un dineral, que pagaba mes a mes.

Como decía, estaba solo en casa, y algo me había despertado. Un olor extraño. Lo peor de todo es que parecía provenir de mis libros. Así que me levanté y fui a la estantería. Algo me impulsó a coger *El señor de los anillos*, una edición lujosa y gruesa. Lo abrí... y lo dejé caer en el suelo con asco. Era un libro muy caro, y me dolió. Sentí una repulsión en el pecho. Un gusano tan gordo como mi pulgar se cayó de entre las páginas. Había hecho una madriguera dentro del libro, como en esas películas en que la Biblia está hueca y esconde una lima o una petaca de whisky. El gusano movió su cabeza, posiblemente contrariado por tan brusco despertar. Puta cosa asquerosa.

Fui al cuarto de baño y tomé el rollo de papel. Dejé caer una buena cantidad de papel higiénico sobre el gusano, cubriéndolo por completo. A través de su blanca piel se adivinaban tubitos de colores. Agarré con repugnancia la bola de papel, con el bicho en su interior, y la dejé caer en el *water*. Pulsé el botón de descarga, y observé como desaparecía aquella momia. Después, pulsé el botón una segunda vez.

Regresé a mi habitación. El voluminoso libro seguía espantado en el suelo. Volví a sentir como si se me encogiese el pecho. Tenía mucho cariño a ese libro. Era una putada. Trozos de papel se habían esparcido, como serrín masticado. Sí que era una putada. Me deprimí. Le di una pequeña patada al libro. Me dolió más a mí que a él. Tenía ganas de llorar. Joder, menuda mierda.

Contemplé las estanterías llenas de libros. La magnitud de la tarea que me esperaba me hizo sentir muy

miserable. Lo que pudiese encontrar entre sus páginas me hizo sentir mucho peor.

No tenía otra opción que revisarlos todos.

Gracias a los dioses de los *mitos* no apareció ninguno más. Todos los demás libros estaban intactos. Fue un gran alivio.

El lunes volvió a pasar. Fui al baño y el gusano estaba nadando en la taza del retrete. Involuntariamente apreté mi ojete. Sentí una gran repugnancia. Parecía un poco más gordo. Sin pensar, pulsé otra vez el botón de descarga, y acto seguido me arrepentí. ¡Tenía que haberlo matado primero, para que no pudiese volver a regresar! Bajo el lavabo estaban los productos de limpieza, y busqué lejía. Al no encontrarla, cogí los productos que parecían más apropiados y los vacié en la taza. Le di otra descarga.

Como siempre, hacía las cosas sin pensar. Fui a comprar lejía, junto con reemplazos para los productos que había gastado. Llené la taza del *water* con las lejías, y lo dejé quedar así. Tuve que abrir de par en par la ventana del cuarto de baño porque aquello olía demasiado a... limpio.

Decidí que esa semana cagaría de bar.

Por las noches, si me daba el apretón, no me quedaba más opción que mear allí; pero mejor, que se atragantase con todo ese mejunje. A pesar de todo, esa semana dormí a pierna suelta. Nunca había dormido tan bien. Debía ser el saber que mis padres estaban muy lejos.

El jueves por la mañana casi me estampo contra el suelo del pasillo. Resbalé en un rastro asqueroso que había en el suelo. Venía del baño. ¡La ostia! Corrí hacia allí, y mis temores se confirmaron. Me di una palmada en la frente, y corrí en sentido contrario. El rastro salía del baño, seguía pegado a la pared del pasillo, cruzaba al otro lado (la zona en la que resbalé) y... desaparecía. ¿Dónde podía haber ido? ¿¡Habría regresado a mi habitación!?! Esa noche, cosa rara en mí, había dejado la puerta abierta. ¡La madre que me parió! Revisé todos mis libros, vacié los cajones, deshice la cama...

*Mi correo es soidsenatas@yahoo.es, y mi página web es <http://es.geocities.com/soidsenatas/>.

Mientras lo hacía pensaba en las maneras en que podría matar al bicho. Lo iba a meter en una bolsa de la basura y pisarlo, o volver a meterlo en la taza del *water* y prenderle fuego usando el aguardiente de mi padre; podía meterlo en el microondas y ver si es cierto que explotaría, o en una sartén y freírlo...

El putito bicho de los cojones no apareció.

Me volví paranoico y me desnudé por completo. Me planté delante del espejo y me revisé por delante y por detrás, por arriba y por abajo. Usé un espejito de mano para explorarme concienzudamente. No, no tenía el culo rojizo. Miré mi campanilla, y de pensarlo me dieron arcadas. Tuve que meterme los dedos para lograr vomitar. Por supuesto, revisé los vómitos por si aparecía entre ellos. Fue en uno de esos momentos cuando me llamaron del trabajo; se me había olvidado completamente.

El domingo llegaron mis padres de su viaje. Mi aspecto era de pena. Había pensado durante mucho tiempo lo que tenía que decirles, y se lo dije:

—Papá, mamá: Me voy de casa.

No dijeron nada. Una pequeña sonrisa contenida se asomó a sus labios, y se echaron una mirada el uno al otro que no pude más que traducir por: *Funcionó*.

Cosa rara en ellos, se habían ido de vacaciones... Tenía mucho cariño a ese libro... Parecía un poco más gordo... Esa semana dormí a pierna suelta... Había dejado la puerta abierta...

Espero que les hayan cobrado muy caro por lograr que me independizase.